

se nos han dado, y son obra de la gracia, no de nuestras propias fuerzas. Decia Pelagio: que la gracia con que somos (1) auxiliados para no pecar consistia, ó en la naturaleza ó en el libre albedrio, ó bien en la ley ó en la doctrina; de suerte, que quando Dios ayuda al hombre para que se aparte del mal, y haga el bien, decia que este auxilio no hacia otra cosa que descubrir y manifestar lo que debiamos hacer, y no cooperaba ni inspiraba la dileccion para que el hombre executase el bien que conocia. He leído su carta, dice San Agustín, y no parece que cree que la gracia es un auxilio añadido á la doctrina por la inspiracion de una caridad ardiente y luminosa; pero nosotros queremos que reconozca aquella gracia por la qual, no solamente se nos ha prometido la futura gloria, sino que por ella se cree y se espera; aquella gracia por la qual no solamente es revelada la sabiduria, sino tambien amada; por la qual se nos aconseja todo quanto es bueno, y se nos persuade. Esta es la gracia que Pelagio ha de confesar, si quiere no solo llamarse Christiano (2), sino serlo en efecto. *Ninguno puede venir á mí*, dice Jesuchristo, *si mi Padre que me ha enviado no le trae*. En estas palabras (3) hay un grande elogio de la gracia. Ninguno viene si no es traído. No pretendais juzgar quién es aquel que el Padre trae, ó al que no trae; ni por qué trae al uno y no al otro; si no quereis caer en el error. Recibid esta verdad, y entendedla bien. Si no eres atraído, ora para que Dios te traiga. Mas ¿qué es lo que digo? Si nosotros somos atraídos á Jesuchristo, ¿se dirá acaso que creemos sin querer? Esto mas sería hacernos violencia que excitar nuestra voluntad! De ningun modo penseis que os trae Dios sin que querais. Vuestro espíritu, dice San Agustín, es el atraído por el amor. De este modo no temamos la correccion, que con motivo de estas palabras

(1) De gr. Chris. cont. Pet. c. 3.

(3) Tract. 26. in Joann. n. 2.

(2) De gr. Chr. cont. Pelag. c. 10.

del Salvador nos pudieran dar algunas personas que, parándose en los términos, están muy distantes de comprehender los misterios divinos que contienen: no nos detengamos en que nos digan: ¿cómo puedo yo creer por mi voluntad si soy traído? A estas personas las digo yo: no solamente sois traídos por vuestra voluntad, sino atraídos con placer. ¿Mas qué quiere decir ser atraído con placer? Poned vuestra alegría en el Señor, dice David, y él os concederá lo que pide vuestro corazón. Si pudo decir el poeta, que cada uno es atraído de su placer, no por necesidad, sino por gusto, no por precision, sino por delectacion, ¿quánto mas bien podremos decir que el hombre es atraído á Jesuchristo, quando pone su placer en la verdad, en la bienaventuranza, en la justicia, y en la vida eterna, todo lo qual es Jesuchristo? ¿Acaso los sentidos corporales tienen placeres, y carece el espíritu de gustos? Mostrais á una oveja el ramito verde (1), y la atraeis, mostrais la fruta á un niño y le atraeis. Es atraído adonde va corriendo, pero es atraído por amor: es atraído sin que su cuerpo sienta violencia; porque es atraído con las cadenas del corazón. Si esta especie de objetos atraen entre las delicias y placeres de la tierra, á todos los que los desean, ¿quién podrá dexar de ser traído á Jesuchristo, quando el Padre se le da á conocer? ¿Qué cosa hay que el alma desee con mas ardor que la verdad? Considerad, pues, cómo nos trae el Padre celestial: nos deleita con la enseñanza, sin imponernos necesidad. Este es el modo con que nos trae.

XXI. Ninguno tiene en su propio poder que le venga un buen pensamiento (2); pero está en su voluntad el consentir ó no consentir en el buen pensamiento que le viene. De este modo obra el Señor en el alma racional quando ésta cree en él; pues no está en el libre albedrio el poder creer, si no hay persuasion ó vocacion á la qual crea: Dios, á la verdad, es

(1) Ibid. n. 5.

(2) Lib. 5. de spir. & lit. c. 34.

el que obra en el hombre la misma voluntad de creer, y siempre y en todas las cosas nos previene su misericordia: mas, como ya he dicho, en la voluntad del hombre está el consentir ó no consentir á la vocacion de Dios. Esto no solamente no se opone á lo que se ha dicho: ¿qué tienes que no hayas recibido? sino que lo confirma perfectamente: porque el alma no puede recibir ni tener el dón de creer, sino consintiendo á la vocacion de Dios. Quiso el Señor que la buena voluntad viniese de él y de nosotros: de él llamándonos (1), y de nosotros siguiendo su llamamiento. El placer es el que atrae á cada uno de nosotros: el placer digo, y nó la necesidad: ya veis cómo el Padre atrae á sí, pues deleita enseñando, y nó imponiendo necesidad. De este modo nos atrae.

Es cosa indubitable, dice San Agustin, que las voluntades humanas no pueden resistir á la voluntad de un Dios que ha hecho quanto ha querido en los cielos y en la tierra, y que ya tiene hechas las cosas que están por venir; no pudiendo las voluntades de los hombres impedir que haga Dios lo que quiere, pues él hace de ellas lo que quiere y quando quiere; sino que digamos, que quando Dios quiso dar el Reyno á Saúl estaba de tal suerte en el poder de los Israelitas sujetarse á este Rey ó no sujetarse, que pudiesen resistir á Dios. Este es, entre otros, un exemplo de la resistencia que los hombres pueden oponer á la voluntad de Dios. No obstante, estableció Dios á Saúl en el Reyno por las voluntades de aquellos mismos hombres; porque tiene sin duda un poder omnipotente para mover los corazones y llevarlos adonde quiere.

„Dios que obra empezando, para que nosotros (2) queramos, coopera acabando quando nosotros queremos. Por lo que dixo el Apóstol: *Yo estoy cierto de que aquel que obra en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el dia del Señor.* Para que queramos, pues, obra sin nosotros: mas quando

(1) Lib. 1. ad Simpl. c. 2.

(2) De gr. & lib. arb. c. 27.

queremos, y queremos de tal modo que obramos, entonces coopera con nosotros. No obstante, sin él, bien sea que obre con el fin de que queramos, ó que coopere quando queremos, nosotros para las obras de piedad nada podemos de nosotros mismos. Se dice, hablando de su operacion, con el fin de hacernos querer: Dios es el que obra en nosotros el querer; y de la cooperacion, quando ya queremos y hacemos queriendo: *Sabemos que todo coopera al bien de los que aman á Dios.* Quando el espíritu del hombre coopera con el espíritu de Dios, que obra en él, se cumplen verdaderamente los Mandamientos de Dios; lo que no sucede antes de creer en el que justifica al impío.”

„Para manifestar este libre albedrio (1), dice San Pablo: *Su gracia no ha sido estéril en mí; yo he trabajado mas que todos: y tambien dice: Os exhortamos á no recibir en vano la gracia de Dios.* ¿Los exhortaria de este modo, si hubieran recibido la gracia de tal suerte que hubiesen perdido la propia voluntad? Mas para que no se creyese que la voluntad pudiese alguna cosa sin la gracia, despues de haber dicho: *Su gracia no ha sido estéril en mí; he trabajado mas que todos*, inmediatamente dice: *No yo, sino la gracia de Dios conmigo*: esto es, no soy yo solo, sino la gracia de Dios conmigo; y de este modo nos da á entender que ni la gracia de Dios solamente, ni él solo eran los que obraban, sino la gracia de Dios con él. Para que no se crea que los hombres (2) nada hacen por el libre albedrio, se dice en el Salmo: *Si oyeis hoy la voz del Señor, no obstineis vuestros corazones.* Y en Ezequiel: *Hacedos un corazon nuevo, y un espíritu nuevo; cumplid mis Mandamientos; volved á mí y vivid.* Pero tengamos presente, que el que dice: *volved á mí y vivid*, es el mismo que dixo: *convertidnos Señor.* Acordemonos que el que dice: *Hacedos un corazon nuevo*, es el mismo que dixo

(1) Ibid. c. 5.

(2) Ibid. c. 25.

tambien: *Yo os daré un corazon nuevo, y un espíritu nuevo.*

Ninguno cree si no es (1) llamado; mas no todos los que son llamados creen; porque, *son muchos los llamados, y pocos los escogidos.* Los escogidos son aquellos que no han despreciado al que los llamó, sino que le han seguido creyendo. Esaú no quiso ni corrió: pero si hubiera querido, hubiera corrido, y hubiera llegado al término con el auxilio de Dios; el qual, llamándole, le hubiera dado la gracia de querer y de correr, si no hubiera llegado á ser réprobo despreciando la vocacion ó llamamiento de Dios. La voluntad de creer debe ser considerada como dón de Dios, no solamente porque con la naturaleza (2) hemos recibido del Criador el libre albedrio, sino tambien porque Dios, ilustrándonos, y persuadiéndonos, obra efectivamente para hacernos querer, y para hacernos creer. En lo exterior obra por medio de las exhortaciones Evangélicas, y en lo interior con movimientos secretos que no estan en nuestro poder; pero propriamente pertenece á la voluntad consentir ó no consentir á estos movimientos."

XXII. „Creemos, pues, por la autoridad de las Santas Escrituras (3), que tenemos libre albedrio, y que hay gracia de Dios, sin cuyo auxilio no podemos convertirnos á Dios, ni adelantarnos ácia él haciendo progresos en la piedad; debemos pedir á Dios que nos haga la gracia de gustar y comprender esta verdad: que el libre albedrio tiene su parte; pues si no la tuviera, no se nos dixera en la Escritura: *Vosotros, los que entre los pueblos sois insensatos, entrad en la inteligencia de la verdad. Vosotros los que sois locos, empezad á ser prudentes* (Sal. 93.). Supuesto, pues, que se nos manda comprender las verdades, y gustarlas, lo que es propio de la Sabiduria, es preciso que haya de nuestra parte obediencia en este punto; lo qual no pudiera ser si no tuvieramos el libre albedrio. Pero tambien si pudieramos sin el auxilio de la gracia, y con

(1) De div. quæst. lib. 1. q. 2.

(2) Lib. de spir. & lit. c. 34.

(3) Ep. 214. n. 7.

solas las fuerzas del libre albedrio tener esta inteligencia y esta dulce sabiduria que la Escritura quiere que tengamos, no hubiera dicho el Profeta al Señor: *Dadme la inteligencia para que yo aprenda vuestros Mandamientos* (Salm. 218.). Ni el Evangelio hubiera dicho que Jesuchristo abrió el entendimiento á sus Discipulos para que entendisen las Escrituras (Luc. 24.). Y tambien (Jag. 1.). Si alguno de vosotros necesita la sabiduria, pídasela á Dios, que da á todos liberalmente sin dar en rostro con sus beneficios, y se le concederá la sabiduria. Este mandamiento de parte de Dios, es una prueba indubitable del libre albedrio de parte del hombre; pues Dios no mandaria, si el precepto de nada sirviese al hombre; y éste no tendria poder para cumplirle si careciera del libre albedrio. No mandaria Dios al hombre que fuese casto, si no tuviera en su propia voluntad libertad para obedecerle. No obstante, la castidad es dón de Dios, sin el qual no se puede observar el precepto que nos manda ser castos. ¿Cómo se podria verificar la justicia divina, que se manifiesta en el castigo del pecado, y en el premio de las buenas obras, si el hombre no tuviera una voluntad libre? Porque la accion que no estuviese en poder de la voluntad, no podria ser buena ni delinqüente, y así sería injusticia castigarla ó premiarla, si el hombre no tuviera libre voluntad. Dios que gobierna el universo con justicia no permite que á ninguno se le premie ó castigue sin merecerlo. Ahora, pues, el pecado merece castigo, y las buenas obras recompensa, y no se puede imputar pecado ni buenas obras al que no hace cosa alguna por su propia voluntad."

Debemos confesar que tenemos libre albedrio (1) para hacer el bien y el mal: mas para hacer el mal cada uno es libre de la justicia y esclavo del pecado, siendo así que ninguno podrá hacer el bien, si no es libertado por aquel que di-

(1) Lib. de corr. & grat. c. 1.

ce: *Si el Hijo os libra, sereis verdaderamente libres...* La fe verdadera, profética, Apostólica y católica es la que reconoce el libre albedrio en el hombre, así para el bien como para el mal; pero está muy distante de darle más de lo que debe, y de creer que sin la gracia de Dios se pueda convertir del mal al bien, ni perseverar ni adelantar en el bien ni llegar á los eternos bienes, y aquel dichoso estado en que ya no tendrá peligro de caer ni de desamparar el bien.

Jesuchristo nació de una Virgen (1), la que nada perdió de su pureza, ni quando le concibió ni quando le parió; siempre permaneció Virgen hasta el sepulcro. Quando se habla de pecados, no quiere San Agustín que en semejantes cuestiones sea comprendida la Santísima Virgen (2), por la honra que se debe á nuestro Señor. A la verdad, ¿quién podrá saber la medida de gracia que Dios la dió para vencer de todos modos al pecado, supuesto que mereció concebir y parir al que es incapaz de culpa? No obstante, no tiene dificultad este Padre en decir: «Que María fué más dichosa por haber recibido en su corazón la fe de Jesuchristo: que por haber concebido en su cuerpo el que tomó el Hijo de Dios, pues la maternidad que la enlazaba con tan cercano grado de parentesco con Jesuchristo, de nada la hubiera servido, si así como le llevaba en su seno (3) no hubiera tenido la felicidad de llevarle también en su corazón.» También advierte, que por haber María Santísima ofrecido á Dios con voto su virginidad antes de concebir á Jesuchristo, se había hecho digna de que la escogiese por su Madre, y quisiese nacer de sus puras entrañas.

XXIII. No se pueden unir los hombres (4) en cuerpo de Religión, sea ésta falsa ó verdadera, como no sea por medio de

(1) Lib. de Catech. rud. n. 40. hubiera sido tan indecente en la Virgen, que si la hubiese cometido, caería de tan alta dignidad, y no le habría concebido de su carne.
 (2) Lib. de nat. & gr. c. 36.
 (3) Aquí debemos entender: si fuera posible en suposición de ser Madre de Dios: pues, como dice Santo Tomás, hasta la culpa venial

algunos signos ó Sacramentos visibles: y no debemos creer que Dios no hubiese dado (1), aun antes de instituir la Circuncisión, algunos Sacramentos ó señales á aquellos siervos suyos que tenían la fe del Mediador que había de venir para procurar la salud de sus hijos. Aunque la Escritura, por alguna causa importante pero no conocida, no los expone, ya entonces había sacrificios que eran figuras de la sangre que algún día había de derramar el único que puede quitar los pecados del mundo. Aun en tiempo de la ley se ofrecían en el nacimiento de los niños, para la expiación de los pecados.

La fe christiana consiste principalmente en creer, según las Divinas Escrituras, que así como la muerte vino por un hombre, la resurrección de los muertos viene también por otro hombre; y que así como todos murieron en Adán, así también serán vivificados por Jesuchristo: que el pecado entró en el mundo por un solo hombre, y la muerte por el pecado; y de este modo ha pasado la muerte á todos los hombres por aquel en quien todos pecaron (Cor. 15. Rom. 5.). Estos pasajes de la Escritura, y otros semejantes nos manifiestan, que así como ninguno de los descendientes de Adán dexa de nacer en pecado, ninguno hay que se libre sino renaciendo en Jesuchristo; y cualquiera que combate contra esta doctrina (2), no tiene parte en la fe de Jesuchristo, ni en la gracia que se nos da por el mismo Salvador, y de la que los niños recién nacidos participan por el Bautismo, del mismo modo que los adultos. Todo el que diga que los niños que mueren sin este Sacramento serán vivificados en él, contradice á la doctrina del Apóstol, y condena á toda la Iglesia, en la qual vemos que concurren y hay apreturas por llevar á bautizar los niños, por estar en la firme creencia de que solo por el Bautismo pueden ser vivificados en Jesuchristo. No obstante, todos los que mueren por la confesión de su nombre (3), antes de ser bautiza-

(1) 5. cont. Jud. c. 11.

(2) Ep. 190. y 166. n. 3. y n. 21.

(3) Lib. 13. de civ. c. 7.

dos, consiguen el perdón de sus culpas como si lo hubieran sido. Porque el mismo que dixo: *Ninguno entrará en el Reino de los cielos si no renace de agua y del Espíritu Santo*, los exceptuó de esta regla, diciendo en general: *Qualquiera que me confesáre delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos* (Mat. 10. y 16.). Y también dixo: *El que pierda por mí su vida, la hallará*; y no sin razón honra la Iglesia á los niños Inocentes, como á verdaderos Mártires. No solamente puede suplir la falta del Bautismo el martirio padecido en nombre de Christo, también la fe y la conversión del corazón producen el mismo efecto quando la necesidad del tiempo no permite administrar el Sacramento del Bautismo.

Por medio de la regeneración (1) espiritual, no solo recibimos el perdón del pecado original, sino de todos los que hemos cometido por pensamiento, palabra ú obra. Mas esto no impide que aun después de bautizados necesitemos decir: *Perdónanos nuestras deudas*, mientras vivimos en esta vida, que es una continua tentación. Por virtuoso que sea el hombre (2), no vive sin la necesidad de que Dios le perdone sus pecados, pues los hijos de Dios siempre tienen que pelear con sus enemigos durante el curso de esta vida mortal. No obstante, de ellos se dice con toda verdad: *Que los que son guiados con el impulso del Espíritu de Dios, son hijos de Dios* (Rom. 8.). Pero aunque los excita el Espíritu de Dios, y van adelantando ácia él, como hijos suyos, no dexan alguna vez de ser arrebataados, como que son hijos de los hombres por su propio espíritu, que se resiente de la pesadéz del cuerpo, de verse agitados por los humanos movimientos, y de inclinarse á sí mismos en estas inquietudes, en lugar de inclinarse á solo Dios; esto es lo que nos enreda en el pecado. Permanece todavía en los bautizados (3) el mal de la concupiscencia, contra la que

(1) Lib. 4. de pec. mer. rem. c. 15.

(3) Lib. 6. cont. Jul. c. 15.

(2) Ep. 187. c. 8. Enchir. c. 64.

deben siempre combatir si quieren aprovechar en la virtud; esto lo ejecutarán las personas casadas gloriosamente, mas en las que guardan continencia será mayor la gloria. La concupiscencia (1) no es por sí pecado, y solamente lo será si hubiere consentimiento.

La Iglesia universal, que es antiquísima (2), siempre ha empleado el soplo y los exorcismos, no solo en el Bautismo de los niños, sino también en el de los adultos. Se da el soplo á los niños, y se les (3) exorciza, para sacarlos del poder del demonio, que engañó á los hombres para hacerse dueño suyo. No es la criatura de Dios la que se exorciza y sopla, sino la malicia de aquel, á quien pertenecen los que nacen en pecado. Los que presentan los niños para ser bautizados, responden por ellos que renuncian al poder de Satanás, que prometen convertirse á Dios, y creen (4) el perdón de los pecados. Los adultos daban sus nombres para ser admitidos al Bautismo, y se alistaban con los Catecúmenos que llamaban (5) *Competentes*. Se les imponían las manos (6), se hacia sobre ellos la señal de la cruz, y se les daba sal. Llama San Agustín *Sacramento* lo que los Catecúmenos recibían (7), dice: «Que aunque no era el cuerpo de Jesuchristo que se daba á los bautizados, era, no obstante, una cosa mas santa que los otros alimentos que nos mantienen.»

Leemos en los Hechos; que los Apóstoles que se hallaban en Jerusalén, sabiendo que los habitadores de Samaria habian recibido la palabra de Dios (8), les enviaron á San Pedro y á San Juan, los que así que llegaron, oraron por ellos, para que recibiesen el Espíritu Santo. Porque aun no habia baxado sobre ninguno de ellos, y solamente habian sido bautizados en

(1) Lib. 1. de Nup. & Conc. c. 23.

(5) Lib. de Catech. rud. c. 20.

(2) Lib. 3. de oper. imp. c. 143.

(6) De conf. lib. 1. c. 11.

(3) Lib. de symb. c. 1. & 3. de pec. origin. c. 40.

(8) Lib. 2. de pec. mer. & rem. c. 26.

(4) Lib. 2. de pec. mer. & rem. c. 26.

(8) Lib. 13. de Trin. n. 46.

el nombre del Señor *Jesus*. Entonces les impusieron las manos, y recibieron el Espíritu Santo. Mas no eran los Apóstoles los que se le daban. Solamente Dios es el que puede dar á Dios. Pero imponían las manos sobre los bautizados, y oraban para que el Espíritu Santo baxase sobre ellos. Esto es lo que hoy practica la Iglesia por ministerio de los Obispos. Unge á los bautizados, que es lo que San Agustín llama el *Sacramento del Crisma*, y la pone en el número de los signos sagrados, y visibles como el Bautismo, mas como un sacramento diferente del Bautismo. Obra en los que dignamente le reciben los mismos efectos (1) interiores que produjo en los Apóstoles en el día de Pentecostes; baxando el Espíritu Santo de un modo invisible sobre aquellos á quienes se imponen las manos, así como descendió de un modo visible sobre los Apóstoles. Y así, la diferencia está en que el sacramento de la Confirmación se da hoy con otros signos, y no le acompañan milagros exteriores.

Recibimos con fiel corazón y boca al Mediador (2) entre Dios y los hombres, Jesuchristo hombre que nos da su cuerpo á comer, y su sangre á beber, aunque parece cosa mas horrible comer la carne de un hombre, que quitarle la vida, y beber sangre humana que derramarla. Los Judíos se acercaron á Jesuchristo para crucificarle: lleguemos á él nosotros para recibir su cuerpo y sangre. Jesuchristo crucificado los cubrió de tinieblas (3), y nosotros comiendo la carne del crucificado, nos llenamos de divinas luces. De la misma cruz del Señor recibimos este alimento, porque comemos su propio cuerpo. En todo el universo reciben los fieles en la Eucaristía el precio mismo de nuestro rescate, y para manifestar su realidad y verdad, responden al recibirle Amen (4).

(1) Ibid. y lib. 2. cont. Pet. c. 101. 5. de Bapt. c. 16.

(2) Lib. cont. Adv. Leg. & Prof. n. 33.

(3) Enarr. in Psal. 33. n. 10. & in Psal. 100. n. 9.

(4) In Psal. 125. n. 9.

Así como Judas, recibiendo el bocado de mano del Señor, dió lugar al diablo para que entrase en él, no porque fuese malo (1) lo que recibió, sino porque lo recibió mal; así tambien el que toma indignamente el sacramento del Señor, no hace, por ser el malo, que sea malo lo que toma, ni se verifica que nada recibe, porque no lo recibe para su salud eterna. Pues no dexa de ser cuerpo y sangre del Señor respecto de aquellos de quienes dixo el Apóstol: *Que el que le come indignamente, come y bebe su condenación.*

La adoración de la carne de Jesuchristo es comun á los malos y sobervios, señalados en aquel verso del Salmo: *Todos los ricos de la tierra han comido y adorado.* Tambien se acercan á la mesa de Jesuchristo, y participan de su cuerpo y sangre. Pero éstos solamente adoran, y no se alimentan útilmente, porque no imitan al Señor. Comen á Jesuchristo (2) pobre, y se desdennan de ser pobres: no obstante, que no se han saciado con esta carne como pobres hasta imitarle, no por eso han dexado de adorar. Convidó el Señor á sus siervos á la cena, y se preparó á sí mismo para ser su alimento. ¿Quién podría atreverse á comer á su Señor? No obstante, dixo: *El que me comiere, vivirá por mí*: porque comiendo á Jesuchristo, se come la vida. Quando se le come, no se le quita la vida, por el contrario, da vida á los que dignamente le comen (3), porque resucitó despues que le quitaron la vida. El que le come, no le divide en partes, no obstante que divide el sacramento ó signo. Los fieles saben cómo comen la carne de Jesuchristo, cada uno toma su parte, mas aunque es comido por partes, siempre está entero en cada uno; porque está entero en el cielo, y entero en nuestro corazón. Cada fiel recibe á nuestro Señor *Jesus*, el qual está entero en cada parte, por no disminuirse con esta division. A cada uno de nosotros se nos

(1) Lib. 3. de Bap. c. 8. Ep. 140. c. 15.

(2) Lib. 1. se Sac. Corp. Dom. n. 67.

(3) Enarr. 11. in Psal. 20.

da todo entero. Un argumento forman los Hereges contra la presencia real, de lo que dice San Agustin sobre el Salmo 3. Esto es: "Que Jesuchristo manifestó una paciencia admirable, quando admitió á Judas al convite, en que encomendó, y dió á sus discípulos la figura de su cuerpo. Es verdad que llama en este lugar á la Escritura, *figura y signo del cuerpo de Jesuchristo*. Mas no dice, que en la Eucaristia hay solamente esta figura, y este signo, ni pretende excluir la presencia real del cuerpo de Jesuchristo; pues reconoce en tantas partes, que los discípulos recibieron el cuerpo y sangre de Jesuchristo, y no solo la figura (1) de su cuerpo y sangre. Pues como ya se ha notado, puede considerarse la Eucaristia como sacramento, y como cuerpo de Jesuchristo realmente presente baxo las apariencias de pan y vino. Quando le consideramos de este último modo, no pretendemos excluir el primero; y aunque decimos que el cuerpo de Jesuchristo está substancialmente, y realmente en la Eucaristia, no por eso negamos que hay allí sacramento ó misterio. Asimismo, quando decimos que la Eucaristia es un sacramento, no excluimos la presencia real de Jesuchristo.

XXIV. Los Hebreos en los sacrificios de animales que hacían y ofrecían (2) á Dios en grande número, y de tantos modos, figuraban proféticamente la víctima que Jesuchristo ofreció despues en la cruz; y los Christianos celebran la memoria de este sacrificio, como ya cumplido por medio de la sagrada ofrenda, y la participacion del cuerpo y sangre de nuestro Señor. El es al mismo tiempo el Sacerdote y la víctima; y todos los dias lo quiso dar á entender en el sacrificio que la Iglesia le ofrece. Pues por ser el cuerpo de esta adorable cabeza de la Iglesia se ofrece él mismo y por sí mismo. Una vez

(1) Liquido apparet, quando primum acceperunt discipuli corpus & sanguinem Domini, nos eos acce-

nisse jujunos, Ep. 54. n. 7.

(2) Lib. 10. cont. Faust. c. 18.

fué sacrificado Jesuchristo por su Persona, y en el sacramento es sacrificado á favor de su pueblo, no solamente en las solemnidades (1) de Pasqua, sino todos los dias (2), y con verdad se dice que es sacrificado.

Las almas de los difuntos (3) reciben alivio con la piedad de los vivos, quando se ofrece por ellas el sacrificio del Mediador, ó se hacen algunas limosnas en la Iglesia; pero esto no sirve á los que durante su vida no han merecido con sus acciones que estas cosas les sean útiles despues de su muerte. Porque hay cierta suerte de vida, que no es tan buena, que no necesite de estos socorros despues de la muerte; mas no es tan mala, que no la sirvan estos socorros despues de su muerte. Pero hay modos de vivir tan abundantes en buenas obras que no necesitan de estas asistencias: por el contrario, hay vidas tan llenas de corrupcion, que no pueden tener alivio despues de esta. Quando se ofrece, pues, el sacrificio del altar, ó las limosnas por los difuntos bautizados, son acciones de gracias por los que vivieron perfectamente, son intercesiones por los que no han sido grandes pecadores; y por aquellos que han sido muy malos, aunque no les alivian estas cosas, dan algun consuelo á los vivos.

En las Iglesias de Africa habia vasos de oro y plata (4) para la administracion de los sacramentos, y los miraban como Santos, y consagrados para los usos en que los empleaban. Se ve particularmente que en la Iglesia de Cartago, habia en tiempo de la persecucion de Diocleciano, dos cálices de oro,

(3) Ep. 94. n. 2. y Lanfr. lib. de corp. Christ. t. 15.

(2) Berengario propuso este pasage de San Agustin contra la presencia real, y Lanfranco le respondió: Que quiso decir San Agustin, que Jesuchristo una sola vez manifestó su cuerpo sobre la cruz quando se ofreció pasible y mortal á su Padre: pero que en el sacramento

que la Iglesia celebra en memoria de esta accion, todos los dias es inmolada su carne, y es comida, y pasa del caliz á la boca de los fieles, la misma carne y sangre que nació de la Virgen. Esta es la fe que nos han dexado los Padres.

(3) Enchir. c. 110.

(4) Serm. 2. in Psal. 113.

y seis de plata. Todos los días se ofrecía (1) el santo sacrificio, y asistían á él los fieles. Quando el Obispo entraba (2) en la Iglesia, saludaba al pueblo, imponía silencio, y se leían las divinas Escrituras. Comunmente se empezaba la lección por las Epístolas de San Pablo (3), después se cantaba un Salmo, y se leía el Evangelio, y hacía el Obispo un discurso en que explicaba lo que se había leído. En ciertos tiempos se cantaba la Aleluya, según la antigua tradición de la Iglesia: pero también había días en que no se decía Aleluya, y nada de esto carecía de misterio. Todos los Domingos se cantaba Aleluya en el altar, para denotar, que había de ser algún día nuestra ocupación alabar á Dios en el cielo: pero no la cantaban (4) antes de Pasqua, porque el tiempo de la pasión de Jesuchristo denota el tiempo de las aflicciones de esta vida. Concluida la lectura y el discurso del Obispo, despedían á los Catecúmenos (5); y quedándose solos los fieles, empezaban las oraciones. Hace mención este Padre del Prefacio que empieza por estas palabras: *Tened vuestros corazones elevados.* Quando se dice: *Levantad arriba vuestros corazones,* respondeis: *Ya los tenemos elevados al Señor.* Y para que no atribuyais á vuestras mismas fuerzas esta elevación del corazón, que realmente es un don de Dios, el Obispo ó el Presbítero, oyendo esta respuesta del pueblo, dice inmediatamente: *Demos gracias al Señor de que tenemos el corazón elevado al cielo,* y vosotros contestais á esta verdad, diciendo: *Que es justo y razonable dar gracias al que nos ha hecho elevar nuestro corazón á la que es nuestra cabeza.* La consagración se hacía con las palabras de Dios, y con una mística oración, cuyos términos creyó San Agustín debía omitir. » Este pan que veis sobre este altar, dice á los recién bautizados, habiendo sido ya santificado con la palabra de Dios, es el cuerpo de Jesuchris-

(1) Lib. 19. de civ. y 9. de conf.

(2) Lib. 22. de civ.

(3) Serm. 176. de verb. Ap. c. 1.

(4) Ep. 55. ad Jan. in Psal. 148.

n. 1.

(5) Serm. 50. c. 8.

to; y este caliz, ó por mejor decir, lo contenido en este caliz, por haber sido santificado con la palabra de Dios, es la sangre de Jesuchristo. Nos quiso confiar, y dar en estas cosas, el cuerpo y la sangre que derramó por nuestros pecados, si le recibis bien, esto es, dignamente. Llamémos cuerpo y sangre de Jesuchristo á lo que proviniendo de los frutos de la tierra hemos consagrado con la mística oración, y lo tomamos (1) para la salvación de nuestras almas en memoria de la pasión que el Señor sufrió por nuestro amor. Estos frutos de la tierra que recibieron de mano de los hombres la forma visible de pan y de vino, para llegar á ser tan grande misterio, son santificados por la invisible virtud del espíritu de Dios, que obra por sí mismo invisiblemente todo quanto sus Ministros hacen en este mismo misterio con las acciones exteriores y corporales. En otra parte dice este Padre: » Que el pan y el caliz llegan á ser místicos por una cierta consagración: que por su ser natural, de ningún modo lo son. No se ofrecía el sacrificio sin la señal de la cruz. Después de la santificación de este sacrificio se decía la oración del *Padre nuestro*, y quando llegaban á estas palabras, *perdónanos nuestras deudas*, el Obispo y todos los asistentes se daban golpes de pechos, declarándose (2) pecadores. Porque si dexáramos de darnos golpes de pechos quando se dice, *perdónanos nuestras deudas*, dando á entender que no teníamos pecado, en esto mismo, sin duda, seríamos muy culpables, mintiendo en la celebración de los misterios. Después de la oración del Señor, decía el Obispo: *La paz sea con vosotros* (3), y los Christianos se daban el ósculo santo en señal de la paz interior que debían conservar entre sí. Recibían la Eucaristía en sus manos, pero no comían la carne de Jesuchristo (4) antes de haberla adorado. Comulgaban en

(1) Serm. 227. lib. 3. de Trinit.

c. 4.

(2) Tract. 118. in Jo. Serm. 351.

n. 6.

(3) Serm. 127.

(4) Lib. 2. cont. Petil. n. 53. in

Psal. 98. n. 8.